

SERMON
PREDICADO EN LA FIESTA DE
SANTO TOMAS DE AQUINO
POR
Ramon Valle

DIACONO DE LA SANTA IGLESIA DE LEON.



LEON.—1879.
IMPRESA DE J. M. MONZON.

BX4700
.T6
V3
c.1

BX4700

.T6

V3

C.1



1080026839

SERMON

PREDICADO EN LA FIESTA DE

SANTO TOMAS DE AQUINO

POB

RAMON VALLE

DIACONO DE LA SANTA IGLESIA DE LEON.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tellez

LEON.—1879.

IMPRESA DE J. M. MONZON.

Cuadra tercera de la Plaza de Gallos, núm. 36 Capilla Alfonso

Biblioteca Universitaria.



42184

Bx 41700
T6
V3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

*Super omnes docentes me intellexi,
quia testimonia tua meditatio mea est.*

Ps. 118.—98

Más que todos los que me enseñaban he
aprendido, porque tus testimonios son mi
meditación.

Salmo 118. v. 98.

ILMO. SEÑOR: SEÑORES:

¿Qué gloria hay para un vivo en ser alabado por los muertos? Con estas terribles palabras dirigidas á los detractores del gran Doctor que acababa de espirar, presentaba Alberto Magno á la consideracion universal á Santo Tomás de Aquino como el único dotado de vida por la verdad de su doctrina: como el único vivo por su gloria en medio de todos los demás sentados en las sombras del error, de la oscuridad y del olvido. (1)

¿Qué gloria hay para Tomás en que por mí sea alabado? En vano mi voz quisiera glorificar aquel nombre que vive escrito en el cielo en el libro de la vida, y que vive en la tierra en la vida de los libros: en vano desearía glorificar su doctrina

(1) Pidal y Mon. *Leyenda de Albert. Magn.*

005031

ó sus obras *sine ullo prorsus errore*: en vano me empeñaría siquiera en glorificar su gloria. Su nombre, sus obras, su doctrina y su misma gloria *justificata in semetipsa*; pero ojalá que el orador pudiera en este gran dia envolverse en la luz de Tomás para que su luz brillara y el orador se eclipsara y desapareciera: que le fuera dable cubrirse con la nube de luz del Tabor, y callar dejando hablar á la voz que sale de la nube: que le fuera concedido desplegar la magnificencia brillante que irradia del alma del Angel de la ciencia, de aquellas palabras salidas de su inflamado corazon y reveladas por un tan elevado entendimiento, que en el Doctor de Aquino el entendimiento parece un elemento nuevo añadido á la naturaleza humana. Pero el caminante se detiene al ver lo elevado del monte; el pensador desfallece al contemplar lo grandioso de la obra: *a, a, Domine, nescio loqui*. Más ya que me ha sido preciso ocupar este lugar del que tan indigno soy, me contentaré, Señor Ilustrísimo, Señores, me contentaré con levantar mi brazo, con estender mi dedo y señalaros á aquella obra de Dios, á aquel prodigio que puso sobre la tierra: *Venite et videte opera Domini qui posuit prodigia super terram*. Venid, ved al gran Tomás de Aquino, venid y vedlo, pero no olvideis que lo señalo como obra de Dios, porque en este momento yo no sé, yo no debo saber más que á Jesucristo y á Jesucristo crucificado.

Su santidad y su ciencia, su sabiduría y sus virtudes, obra son de Aquel que al darse como don, se dá llevando consigo el don de piedad y el de ciencia, el de entendimiento y de sabiduría.

Tomás estudiaba al gran Agustino y las maravillosas obras de S. Fulgencio, estudiaba á San Isidoro y á San Juan Damasceno, á San Anselmo y á San Bernardo, meditaba al Maestro de las sentencias, y escuchaba con devoto recogim-

miento las sábias enseñanzas de Alberto Magno, y con la enseñanza de S. Agustín se hacia mas sábio que S. Agustín, y estudiando á San Fulgencio sabia mas que San Fulgencio, y meditando al Damasceno, á S. Anselmo y S. Bernardo entendía más que S. Bernardo, que S. Anselmo y que el Damasceno, y leyendo á Pedro Lombardo comprendia más que Pedro Lombardo, y escuchando á Alberto el Grande se hacia más grande que su maestro; y esto era así porque más que á los doctores meditaba los testimonios del Señor: *Super docentes me intellexi quia testimonia tua meditatio mea est*.

La oracion era su cátedra, el crucifijo su libro, la devocion á María su descanso, los testimonios del Señor su meditacion.

A la verdad que S. Agustín y S. Fulgencio, que el Damasceno y S. Anselmo y S. Bernardo oraban; á la verdad que Pedro Lombardo y el Beato Alberto oraban tambien; pero no olvideis que Tomás, que este prodigio, fué obra de Dios que lo puso sobre la tierra, y una vocacion especial lo llamó á ser más que sus maestros. Y he aquí, Señores, que ya he dicho cual es el sencillo plan de mi discurso: La vocacion de Tomás: cual fué el papel que el Espíritu Santo le señaló en la Iglesia, cual fué su mision y como la cumplió. Este es mi pensamiento todo entero, pero sin olvidar que el medio de que se valió para cumplir con esa mision altísima, para corresponder á su vocacion, para llenar los deberes que Dios le imponia, fué, y no fué otro que la meditacion de los testimonios del Señor: *super docentes me intellexi, quia testimonia tua meditatio mea est*.

El fundador de la Iglesia computó primero lo que para tan gran obra le era necesario, y previno, como el sábio edificador de que habla S. Lucas todo lo que le era preciso pa-

ra edificarla; no, no se dirá de él: *este comenzó á edificar y no pudo consumir.* (1)

Sabiduría omnipotente y omnipotencia sábia, *ipse dedit quosdam quidem apóstolos, alios autem doctores ad consumptionem sanctorum in opus ministeri, in aedificationem corporibus Christi.*

Llamó y predestinó á Cephas para ser la piedra inmóvil, como una imágen, en medio del tiempo, de la eternidad; llamó y predestinó á S. Gerónimo como atalaya y centinela de la Escritura Santa; llamó á Aurelio Agustín y al Damasceno para preparar la Teología; llamó y predestinó á Tomás de Aquino para consumirla.

Siendo la Iglesia de Dios una, necesitaba la Iglesia de Dios de la unidad de doctrina, para que ya no fuéramos párvulos fluctuantes, para que ya no fuéramos llevados por todo viento y conducidos á todo error: *ut jam non simus parvuli fluctuantes, et circumferamur omni vento doctrinae in nequitia hominum in astutia ad circumventionem erroris.*

Esta fué la mision de Tomás de Aquino.

Vuelvo á temblar, Señores, al contemplar lo arduo de mi empresa, pero desconfiando de mis propias fuerzas, espero confiado en aquella fuerza que fué la fuerza de Tomás, en la oracion, para lo cual os pido vuestras oraciones. Y pues todo fué dado al Angélico por medio de la que es Trono de la Eterna Sabiduría, invoquémosla con el corazon y con los labios, invoquémosla con las palabras del Santo Arcángel, invoquémosla para vosotros y para mí.

AVE MARIA.

(1) *Luc.—XIV.—28.*

Super omnes docentes me intellexi, quia testimonia tua meditatio mea est.

Citat. ut suprâ,

Más que todos los que me enseñaban he aprendido, porque tus testimonios son mi meditacion.

Salmo y verso citados.

Leva in circuitu oculos tuos et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi. (1) Mira ¡oh Tomás! tu Seminario viene á tí, el pueblo fiel se prosterna ante tu imágen, venimos todos á tí; venimos á estudiar tus virtudes y tu sabiduría.

Tu sabiduría al enseñarnos los misterios del cielo, nos enseña el camino del cielo: tus virtudes, al enseñarnos el camino del cielo, nos muestran tambien sus misterios. ¿Pero qué digo, si tu sabiduría es una de tus virtudes y tus virtudes constituyen tu sabiduría? *Leva oculos tuos et vide;* pero mejor *leva oculos nostros ut videamus.*

¡Penetrar en tu ciencia! Abrir tus libros inmortales! Pensar con tus mismos pensamientos.....! Para que no seamos temerarios, senos abogado é intercesor. Venimos como tus discípulos de Paris y de Bolonia; deja oír tus palabras á tus discípulos. *Sensum tuum quis sciet nisi tu dederis sapientiam?* (2)

No nos la negará Dios que no te la negó á tí; y tu intercesion en este dia será, aunque estés en el cielo, el desarroyo de tu mision sobre la tierra.

Decia, Señores, que la Iglesia es una como Dios es uno,

(1) *Isaias 60.*

(2) *Sap.—IX.—17.*

y que la ciencia de Dios debe ser una también, é indicaba que la altísima Providencia de Dios sobre su Iglesia, tenía destinado, desde la eternidad, á un sábio prodigioso, prodigio de santidad, á quien daría una antorcha para que, levantándola en su mano, iluminara los abismos de la ciencia; una mirada de águila, para que él mismo viera con su luz más de lo que los otros vieran con ella; y una voz para que clamara sin apresuración y con certeza: *est est; non, non.*

Desde los primeros tiempos de la Iglesia la teología comienza á dar los primeros pasos, brillando como chispas de diamante entre el oro de los apologéticos, luciendo como estrellas, en los libros de los Padres, irradiando, como luceros de primera magnitud en los Concilios.

El Damasceno fué el primero que reuniendo los principios dispersos, los ordenó en un cuerpo científico de doctrina, y aleccionados por tan gran Maestro, desde entonces los sábios en santidad, quisieron ser santos en sabiduría.

Siguiendo tan luminosas huellas, Lanfranc continuó la obra de Dios en la ciencia de Dios, y Ruscelino más tarde, y Beda, el Damasceno latino, continúan dando la forma á la ciencia nueva que la Nueva Jerusalem necesitaba. Después de ellos Abelardo, aunque erró el camino, contribuyó poderosamente al impulso que abrazaba en formas filosóficas la ciencia de los misterios de Dios y de los atributos de Dios, y ya aleccionado por los siglos, pudo Pedro Lombardo redactar su admirable libro, ocupando un brillantísimo lugar en aquella obra que los siglos preparaban á los futuros siglos.

Guillermo de Paris habia escrito su *Summa Theologica* y sus *Summas* Guillermo Altisidorense y Alejandro Halense y Alberto Magno. Habia llegado, Señores, permitidme la expresion, habia llegado la plenitud de los tiempos de la teología.

Éra el momento destinado por el sábio edificador de la torre para que apareciera Tomás de Aquino.

Entonces lo llamó, lo arrebató, si puedo expresarme así, de la casa de sus padres y de sus hermanos, para que *en lugar de sus padres le nacieran hijos, á los cuales constituiría príncipes sobre toda la tierra.* (1)

Y como el mismo que lo predestinó lo llamó, se habia encargado de justificarlo (2), dotándolo de santidad y de ciencia, que son en él como el *luminare majus* y el *luminare minus* de que habla el Génesis, que Dios puso en él *ut lucrent super terram.*

Agustin, Fulgencio, Isidoro, Juan el Damasceno, Lanfranc, Ruscelino, Anselmo, Bernardo, Abelardo y el Maestro de las Sentencias habian acumulado los materiales: tiempo era de que apareciera el arquitecto.

Apareció en el Siglo XIII, cuando la civilización cristiana estaba en el vigor de la juventud: cuando el genio cristiano, ostentaba en magnificencia brillante la luz del saber: cuando habia sed de ciencia y ansia por edificar, como si por todas partes quisieran asegurar el porvenir: cuando hubiera podido decirse que el pueblo fiel habia entrado, si no á la tierra prometida, sí al *tiempo prometido*: época que manaba leche y miel, y de la cual con toda profundidad y justicia asegura Lacodaire, "que trece siglos de preparación cristiana, habian realizado el deseo de formular el conjunto de la verdad, no solo por una serie de estudios, sino por la unidad sintética."

Y aquel grandioso movimiento de saber, tenia por fin, no

(1) *Pro patribus tuis nati sunt tibi Filii: constitues eos principes super omnem terram.—Salmo 44—v. 19*

(2) *Quos praedestinavit, hos et vocavit; et quos vocavit, hos et justificavit. Rom.—VIII.—30.*

la vanidad racionalista, sino la elevación de la inteligencia humana, conduciendo la ciencia á la razón y la razón á la fé, el conocimiento de las verdades á la Verdad eterna y el alma á Dios. San Anselmo lo ha formulado: *Fides quaerens intellectum: credo ut intelligam.*

Pero mejor que en San Anselmo, Señores, podeis verlo en el capítulo primero de la *Summa contra gentes*, exposición general de la verdad.

Santo Tomás era el hombre de su tiempo; no le faltaba ninguno de los elementos que constituían su siglo. Los tenía todos, pero dominándolos todos. Personificaba él al siglo XIII, compendio de trece siglos.

Las cruzadas conmovían al universo cristiano; la sociedad, por un maravilloso instinto de conservación, procuraba acercarse á la piedra inmóvil sobre la cual está edificada la Iglesia, trabajando porque esa misma piedra le sirviera á ella de fundamento, para garantizar sus condiciones de existencia; la sociedad civil y la sociedad política querían colocarse de tal modo, que tampoco contra ellas prevalecieran las puertas del infierno.

Las ciencias se habían refugiado al Cenáculo, estando *unanimiter in oratione* dirigiendo sus plegarias al cielo para hacer descender al Espíritu de ciencia, y la razón humana convencida por experiencia larguísima de su miserable debilidad y de la inutilidad de sus esfuerzos, se hacía poderosa con la humildad, no teniendo en sus labios sino esta plegaria: *Domine ut videam.* En una palabra, el mundo todo á los pies de Jesucristo esclamaba, al contrario que San Pedro: *Señor, no te apartes de mí porque soy un gran pecador.*

Pero en aquella paz bonancible ya comenzaban á infiltrarse gérmenes de muerte y de disolución, y la Providencia lo sabía. Comenzaba á encenderse de nuevo en el género hu-

mano el desco de comer del árbol de la ciencia del bien y del mal; la doctrina de Abelardo todavía fructificaba á pesar de la retractación del Maestro, y el espíritu de los Albigenses, que encierra en sí el espíritu de todas las herejías antiguas y modernas, no enteramente extinguido, principiaba á volver en sí y á reponerse del terrible golpe que le había asestado Domingo de Guzman.

Para decirlo sin rodeos: el demonio comenzaba á preparar su siglo XVI, y ni él mismo sabía que aquel periodo de gestación lo había de llevar hasta engendrar al siglo XIX.

Pero Dios sí lo sabía; las pequeñas raposas comenzaban á devorar, muy en lo interior, las raíces de su viña (1) y escuchando las plegarias de la Esposa, quiso, en inexorable juicio, del mismo mal sacar el remedio, como se valió de la caída para la Encarnación, como se valió del mal pasajero de la Sinagoga para el bien eterno de la Iglesia, como se valió de los tiranos para formar el coro de los mártires.

La razón se iba á sublevar y Dios predestinó á quien, valiéndose de la razón humana, formara la teología filosófica. La inteligencia iba á ser el arma que se asestara contra los soldados de Sion, y Dios llamó á quien formara de la inteligencia el escudo para detener los golpes; la ciencia iba á pararse frente á frente de los misterios, y Dios inspiró á quien, de los misterios, formara una ciencia.

Este fué Tomás de Aquino.

Por esta ligera, ligerísima ojeada, se vé, Señor Ilustrísimo, Señores, que Tomás fué escogido por Dios para ser el maestro del siglo XIX.

En nuestra época se han desarroyado completamente aque-

(1) *Capite nobis vulpes parvulas, quae demoliantur vineas: nam vinea nostra floruit. Cant.—Cant.—II.—15.*